

La sumisa

Noelia Fernández



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#LaSumisa

Colección: Tombooktu Erótica
www.erotica.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *La sumisa*

Autor: © Noelia Fernández

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2017 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-16692-16-3

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-16692-17-0

ISBN Digital: 978-84-16692-18-7

Fecha de publicación: Junio 2017

Impreso en España

Imprime: Servicecom

Depósito legal: M-14207-2017

Para todos aquellos que ven un comienzo donde otros
ven un final.
Las personas positivas son las que nos mantienen
fuertes.

Índice



Prefacio	11
1	13
2	23
3	31
4	37
5	45
6	51
7	59
8	67
9	73
10	81
11	91
12	99
13	105
14	113
15	121
16	127
17	133
18	141

19	149
20	157
21	163
22	169
23	175
24	179
25	185
26	191
27	195
28	201
29	211
30	215
Epílogo	221
Agradecimientos	223

Prefacio



Aunque queramos negarlo o, en ocasiones, incluso olvidarlo, el pasado nos acompaña en cada momento de nuestra vida y marca cada paso que damos al caminar hacia un futuro incierto.

Mi pasado más cercano me ha llevado a plantearme un sinfín de preguntas para las cuales no tengo respuesta. Exactamente desde el momento en que decidí someterme al mando de Kevin. Desde ese entonces he ido descubriendo cosas de mí que desconocía o que, aunque alguna vez se me pasaran por la cabeza, jamás de los jamases, y puedo jurarlo, pensé que llevaría a cabo. Quizá por pensar que esas ideas eran fuertes o a lo mejor porque sentía miedo o vergüenza. Vergüenza de saber qué podrían pensar los demás si llegaran en algún momento a enterarse.

Por suerte, he sabido aceptar que mi vida es solo mía. Que lo que opinen los demás de mí me entra por un oído y se desvanece en mi interior mientras lo escupo entre risas. He aprendido que mi vida la vivo yo y no los demás y por eso debo hacer lo que me apetece. Aunque claro, no siempre es fácil aceptar eso que me agrada y me desagrada, para luego apasionarme. Porque como bien mencioné en las primeras líneas, todo lo vivido queda. Siempre queda grabado en nuestras mentes y aunque en el momento no nos haga pensar, cuando

∞ La sumisa

ese presente se vuelve pasado, en ocasiones puede convertirse en algo tortuoso de lo que debes huir y escapar.

«Las cicatrices nos recuerdan dónde hemos estado,
pero no nos dicen hacía dónde vamos».

Dr. Rossi
Mentes Criminales

1



Lo admito: Mi relación con Kevin es un tanto peculiar. Me encanta ser sometida.

Seguro que a tu parecer, soy una completa masoquista porque me gusta ser sometida por mi hombre.

Por admitir que, en ocasiones, me excita solo pensar que me posea y me pone tan caliente que llego a ese punto en el que la garganta se me seca y la respiración se entrecorta. Pero lo que más me gusta saber es que mi Amo es, a partes iguales, bruto y delicado. Que él tiene el poder de hacerme llorar y de hacerme reír. Incluso, ¿por qué no reconocerlo? Tiene el poder de hacerme daño. Y, por otro lado, me tranquiliza porque confío en él y sé que tiene el cuidado y la delicadeza de saber detenerse para asegurarse de que estoy bien. Y solo él tiene el poder de parar el mundo a nuestro alrededor cuando me abraza entre sus brazos después de una de nuestras sesiones. Sentir cómo me desvanezco entre sus brazos mientras pierdo el control y siento miedo. Pero ese miedo que solo sientes cuando te encuentras perdido por no saber lo que va a suceder y que desaparece en segundos cuando sé que estoy a su lado.

Y no te culpo si piensas que soy «masoquista» u otra cosa, yo también lo pienso. Por muchas comillas que pongas para quitar peso a una palabra que puede ser tan peligrosa como excitante, sigue dando un poco de temor por eso que no conocemos y que no podemos controlar.

Incluso podría afirmar que en este momento estás dudando de mi cordura al leer la confesión que aquí hago después de contarte cómo fui iniciándome en el BDSM. Pero no voy a perder el tiempo recordando algo que ya he contado y me ha costado bastante admitir.

Pobre niña tonta... Sí. Pensé que Kevin podría enamorarse de mí. ¿Y qué? Tú también lo pensaste. ¡No lo niegues! Has seguido toda mi historia deseando ese final donde comían perdices. Justo como el que nos vendieron en *Blancanieves* cuando es despertada por el espectacular beso del príncipe (aunque no sé si fue espectacular. Fue algo muy remilgado). O como el que tuvo Bella cuando se enamoró de la Bestia por su biblioteca. No dudo que de su corazón también, pero la biblioteca allanó el camino. Pero a estas alturas te habrás dado cuenta de que no soy ninguna princesa Disney. Y también estoy segura de que en este preciso instante odias y amas a Kevin igual que lo hago yo. Puede que incluso lo odies más que yo. Sin embargo, tengo que confesar que lo que comenzó por amor, se ha convertido en pasión. Adoro estar completamente a la merced de Kevin. Pero no voy a olvidarme tampoco de los besos y caricias que Jared me regaló. Un Amo completamente diferente para una misma causa.

¿Dejaría que alguien más me sometiera?

¿Por qué no iba a hacerlo? Todo es un juego aunque mi corazón me intente decir otra cosa y solo piense en los días que quedan por delante para conseguir romper la coraza que tiene prisionero el duro, frío y roto corazón de Kevin. Pero no quiero hablar tampoco de mi corazón, es muy difícil explicar los sentimientos, así como lo es lo que me hace reír o llorar. ¿Y cómo explicar lo que humedece mi alma?

Ya es bastante duro pararte a pensar qué es lo que verdaderamente te excita. Prácticas que jamás imaginaste realizar ni en tus fantasías más grotescas. La dominación es una cosa y el sado otra. La primera la podría haber experimentado con cualquier otro. La segunda, si no llega a ser de la mano de Kevin, nunca la hubiese probado. De esto, sí que estoy segura.

Experiencias liberadoras y catárticas que en ocasiones se convierten en auténticas películas de terror para lo que está bien. Somos animales de costumbres e ideas. Pero al final, lo que nos produce más miedo de todo es pensar en qué opinarían los

demás de nuestros gustos. ¿Los aceptarían o nos tratarían como a bichos raros?

Por eso hay que dejar la cobardía a un lado y romper con todos los prejuicios. Primero salir de nuestra cómoda área de confort. Después, ¡vivir!

¿A quién le importa lo que digan los demás? Esa pregunta no debes hacértela. No puedes dejar que el miedo te paralice. No debe importarte lo que digan u opinen los demás sobre ti. Si quieren hablar que hablen. Pero arrieros somos, y en el camino nos encontraremos.

Unas de las cosas que el tiempo nos enseña, es que nadie está libre de pecado y que al final, en algún momento, todos seremos juzgados cuando estiremos la pata. ¿Quién puede tirar la primera piedra? ¿Tú? ¿Seguro? Por ello he aprendido una cosa y es el primer mandato dentro de mi biblia personal: ¡Haz lo que te parezca! Lo que te nazca. Eso que harías, pero no harías por todos tus miedos. Y si voy al infierno cuando termine mi vida, que supongo que es donde irán todas las grandes estrellas del rock, ¡pues que me reserven sitio a mí también!

El BDSM es un camino de aprendizaje, de autoconocimiento. Para saber qué es lo que de verdad quieres y lo que nunca debes repetir.

Aquí nadie te obliga a hacer nada que no quieras. Somos adultos y sabemos dónde debemos parar. Lo complicado viene cuando según pasa el tiempo tu cuerpo y tú misma pedís más y llegáis más lejos. Vas descubriendo cosas que te excitan y es cuando sientes ese miedo que hace que hagas la pregunta: «¿Dónde está el límite?». Me atrevería a decir que es en ese punto donde comienza todo. La verdadera humillación sexual en la que tu Amo tiene la tarea de ayudarte a encontrar la forma de inducirte a hacer esas cosas que sueñas en secreto y que no te atreves a confesar. Lo que siempre callas. Quizá por miedo a ser juzgada, a que digan que eres una perversita. O te vean como la oveja negra, solo por romper las reglas de lo que unos cuentos denotaron públicamente en su día como normal. Algo así como una especie de octavo pecado capital que seguiría a los siete pecados conocidos, creo que sería en ese octavo pecado donde nuestras perversiones tendrían su hueco, aunque la lujuria ya ocupa el primer puesto en la lista.

Hay momentos en los que pierdes toda muestra de cordura y te dejas llevar por tu instinto animal dejando al descubierto la fina línea que separa lo políticamente correcto de lo que no está demasiado bien visto. Es entonces cuando todo comienza a aclararse. Y esa decisión te conduce hacia quien eres. Incluso este momento no es sencillo. Cuando comprendes lo que te excita no es fácil de asumir y la aceptación es complicada. ¿Hasta dónde he llegado? ¿Qué me está pasando? Esta no soy yo.

Y luego vuelves hacerlo. Repites la experiencia y te sientes llena, completa y liberada al mismo tiempo. Pero a la vez sientes un enorme vacío porque has sido capaz de traspasar nuevamente todos tus límites. Y sientes ese vacío porque te aterroriza a ti misma. Sientes miedo y el miedo nos hace vulnerables, aunque sentir miedo no siempre sea malo.

Lo que un día te avergonzaba y creíste humillante, se hace a un lado quedando en un simple recuerdo morboso.

Súplicas, ruegos, llantos. El sonido del aire cortado por las cuerdas de cuero que surcan el espacio camino de mi piel, que espera ansiosa la colisión. Es exactamente lo mismo que cuando caminas y te rozas con las ramas de un arbusto. El mismo tacto. La misma delicadeza calcada en mi piel a golpe de fuerza. Unas caricias que despiertan tus sentidos y te invitan a dar lo mejor de ti.

En definitiva, descubrir lo que te gusta.

Pero todo cambió esa noche. La noche en la que Kevin decidió exponerme ante Drea.

Recuerdo perfectamente cómo sucedieron las cosas. Cada uno de los momentos humillantes por los que Kevin me hizo pasar aquella noche que lo ha cambiado todo. Recuerdo el olor, la textura... la cremosidad del trozo de queso que me dio a comer uno de sus amigos y cómo, desde ese momento, cada vez que veo algo de queso, se me pone la piel de gallina.

Las horas más largas de la historia... Los minutos que se hacían horas... Los segundos que parecían congelados en el tiempo.

Mi Amo se había mostrado duro desde el comienzo. Nada de contemplaciones como en otras ocasiones. Esa noche no existieron las caricias ni las premisas. Kevin me había tratado como a un animal obligándome a beber de un cuenco apoyado en el suelo. Me había sometido y humillado delante de todos sus amigos

obligándome a servirles la cena casi en cueros, mientras ellos hablaban y se divertían. Y por si fuera poco bochornoso, se tomó la libertad de prestarme a un amigo suyo. Aunque debo agradecerle el préstamo. Esos minutos fueron los únicos de calma y de paz. Recuerdo lo mal que me sentí durante la cena. Pero también recuerdo que eso me hizo crecer, ya que en cierto modo, estaba cumpliendo los deseos de mi Amo. Los deseos de Kevin.

Y cuando creí que nada podía ir a peor, fue.

Kevin, como buen depredador, siempre me ha estudiado así que sabía que dejar que Drea —mi relación con ella había dejado mucho que desear desde sus comienzos aunque me contara el secreto más oculto de Kevin— me disfrutara unos minutos, para mí sería una auténtica tortura. Incluso puedo afirmar que él estaba seguro de que en ese momento gritaría la palabra de seguridad: rojo. Y que daría toda nuestra aventura por finalizada. Recuerdo haber pensado en cómo comenzó todo. En su insistencia para que me pensara bien mi decisión antes de aceptar su propuesta. E incluso cómo siguió insistiendo en que me lo pensara bien, una vez yo dije que deseaba ser su sumisa. A lo mejor todo lo que estaba sucediendo esa noche solo era una advertencia para que le dijera un adiós a tiempo. Pero para su decepción, no hubo ninguna palabra de seguridad y no salí corriendo del destino que él había creado para mí. Aunque sí que hubo alguien que salió del dormitorio con un sabor amargo. Drea veía cómo Kevin le ordenaba dejarme, soltarme y que se fuera. Porque aunque yo tuviese los ojos empapados en lágrimas, pude ver la ira que se acumuló en su mirada cuando vio que no podría dominarme.

Sin embargo, lo que más me dolió esa noche fue la frialdad con la que Kevin me trató desde el comienzo. Puedo casi afirmar que lo hacía porque dentro tenía una rabia que le quemaba. Cada paso que daba para que yo gritara la palabra *random*, retrocedía varios al ver que me negaba a pronunciarla.

Al día siguiente, tal y como creí que sucedería, estaba molida y tenía agujetas por todo el cuerpo aunque lo que más me dolía era el corazón.

Estoy completamente segura de que Kevin luchaba por reprimir su rabia porque no había reunido todavía el valor necesario para ser él quien acabara con todo lo vivido durante las últimas

semanas. Y yo no le iba a dar el gusto de dejarlo libre. No a estas alturas de la partida en la que estábamos.

Cuando todo acabó, hubo unos minutos en los que me perdí en mi interior. Necesitaba recuperarme de aquel devastador orgasmo que había cruzado toda mi espina dorsal y me había paralizado por completo. Mientras me recuperaba, recuerdo que Kevin se encargó de limpiar los restos de mi pecho con delicadeza. Cuando conseguí recobrar la respiración, aunque mi corazón parecía incapaz de aminorar el ritmo de sus latidos, y mi cuerpo volvía a estar bajo mi control, las piernas me seguían temblando. Entonces me percaté de que Kevin estaba tumbado de espaldas a mi lado. Y aunque la luz de la habitación estaba apagada sabía que, al igual que yo, él tampoco dormía. Podía apreciar que estaba tenso. Mientras tanto, yo, que permanecí tumbada a su lado con la mirada clavada en el techo, me sumergí en un llanto silencioso con lágrimas que empapaban mi cara, mientras revivía en mi cabeza todo lo que acababa de suceder. En mis treinta primaveras, nunca antes había vivido un momento tan humillante, y había venido de la mano de él. Ese *él* que firma documentos con un nombre, pero con otro en mi corazón. Aunque la duda de ese espacio esté en entredicho tras lo sucedido durante las últimas horas. Lloré por minutos. Quizá lo hiciera por horas con sumo cuidado de que Kevin no se girara y se diera cuenta de que estaba llorando a la vez que me debatía enérgicamente entre dos pensamientos.

Por un lado, pensaba que debía dejar todo, darle el punto y final. Debía negarme a seguir con esta locura que terminaría por hacerme perder la razón del todo, ya que creo que en el punto en el que nos encontrábamos —yo llorando al lado de Kevin en la cama tras sentirme humillada—, hacía ya tiempo que la había perdido, antes de que Kevin —seguro que acabaría sucediendo— me dijera que todo había acabado. En ese instante odiaba a Kevin con todas mis fuerzas por haberme involucrado en una situación tan grotesca y, en especial, por haberme expuesto ante Drea de esa forma, así que era el momento perfecto para dar el paso y decir adiós para siempre. Pero mi corazón me decía que no podía borrarlo todo por arte de magia, olvidar todo lo sucedido durante los últimos meses y seguir con mi vida así como si nada. Hacer borrón y cuenta nueva. Sin duda alguna, ese botón que resetea la mente no estaba incorporado en mi sistema de fábrica.

Durante horas estuve tumbada junto a Kevin observando cómo la luz de la luna se colaba con sigilo entre las ranuras de la persiana y alumbraba directamente mis ojos húmedos por las lágrimas. Pero esa noche hubiera dado lo mismo que estuviera sola entre esas cuatro paredes. El silencio era sepulcral, y a pesar de que me hubiese gustado alguna pregunta por parte de Kevin, aunque fuera algo tan sencillo como: «¿Estás bien?», o «¿Qué tal estás?», también creo que el silencio, a veces, dice mucho más que las palabras.

Con las ideas nada claras, pensé que lo mejor sería hacer caso a mi sabio corazón. Un músculo independiente que por muchas veces que se rompa, patine o se fisure, consigue volver a latir y confiar, olvidando el dolor que alguna vez sintió. Así que, con el máximo cuidado que pude para no despertarlo, si es que al fin él sí había logrado dormir, salí de su cama sin esperar a que aparecieran los primeros rayos de sol. Necesitaba escapar. Caminar. Correr. Necesitaba huir de mí misma y de esa imagen que observé, Kevin tumbado de espaldas junto a mí en la cama.

Esa misma noche, al salir de su casa, bajé la cuesta que conduce en línea recta a la playa. Tenía la mirada perdida y los brazos cruzados sobre el pecho para darme ese abrazo de consuelo que nadie más podía darme excepto yo.

Con los últimos reflejos de la luna llegué a la playa, dejándome caer unos metros más adelante. Y un momento después, con los primeros rayos de sol, tomé una decisión. Porque aquella madrugada sentada frente al mar, decidí que sí. Que seguiría adelante aunque todo me indicara que Kevin debía desaparecer de mi vida. La decisión estaba tomada. Debía comprender y aceptar que no podía enfadarme con Kevin ni conmigo porque me excitaban esas prácticas.

¡Sí!

También había decidido que seguramente sufriría por amor, que la herida no sería fácil de sanar, sobre todo la parte psíquica de lo que estaba descubriendo que me gustaba; pero debía de empezar a comprender también que todo aquello no estaba mal. Sin embargo, usaría mis cartas de mujer a la vez que jugaba a ser su sumisa. Y llegada a este punto, no sería una más en su lista —la cual desconozco y no quiero conocer con exactitud—, sino que sería la Sumisa. Aquella a la que Kevin siempre recordaría. Cada

uno de los pasos que iba a dar de aquí en adelante los daría con orgullo y la cabeza bien alta. No iba a dejar que Kevin ni nadie pisoteara mi orgullo ni mi dignidad como mujer. Y aunque no se lo iba a poner fácil, seguro que para mí tampoco lo sería. Pero tenía claro que cuando Kevin, en un futuro, se acordase de mí o hablase de mí a alguien, no lo haría como si fuera una más en su vida, sino como esa que dejó un hueco en él. Y no sé si se referiría a mí como una santa o como una diabla. O como su santita, como solía llamarme en ocasiones. Pero una cosa tenía clara, no quería ser una sumisa más en su lista, sino La Sumisa.

«¡Dios, Kevin! ¿Qué estás haciendo?», me pregunto en la oscuridad de la habitación mientras la escucho llorar y finjo dormir...

Todo esto... Con Sophie... Lo nuestro... ¿Se me escapa de las manos! No creí que Sophie fuera capaz de aguantar el castigo. No pensé que me permitiera llegar tan lejos. Y ahora llora a mi lado en la cama mientras yo me veo como el peor de los hombres por haber hecho que lllore. Porque sus lágrimas son por mi culpa. Y no me las merezco.

Una parte de mí quiere alejarla, echarla de mi vida antes de que sea tarde para los dos. No puedo quererla como ella pretende que lo haga. No me lo ha dicho, pero siento su amor hacia mí en su forma de tratarme. Pero yo solo lo veo como un juego entre los dos. Un juego como el que he tenido con otras. Jugar. Divertirnos. Sin ataduras. Pero algo en mí comienza a decirme que si seguimos no vamos a acabar bien. Sophie me quiere. Estoy seguro de ello. Y yo... aunque me cueste admitirlo, empiezo a sentir algo por ella. Por eso necesito llevarla al límite. Humillarla. Provocar que diga: «¡Idos a la mierda, tú y tu estúpido juego!».

Pero todo ha salido mal. No lo ha hecho. Y yo tampoco me veo capaz de poner punto final a lo nuestro.

Por primera vez en mucho tiempo he sentido celos. Me dieron ganas de levantarme y echar a mis amigos de casa.

¡Que nadie la toque!

¿Qué me está pasando? Siento ganas de girarme y abrazarla. Arrojarla hasta que su llanto cese. Pero no puedo hacerlo, sigo inmóvil e impassible.

«¡Espera! ¿Qué haces Sophie? ¿Dónde vas?».

No me sale la voz. Siento cómo Sophie se mueve a mi espalda y se incorpora. Cree que duermo, pero estoy atento a cada uno de sus movimientos y sé que si sale de mi habitación en este momento es porque ha decidido que todo ha acabado.

Pero ¿por qué me duele? Hoy quería que todo acabara. Que ella decidiera romper nuestro acuerdo.

Escucho sus pasos lentos y cautos al moverse por la habitación. ¿De verdad quiero que piense que no me preocupo por ella? Pero mantengo los ojos cerrados casi al completo aunque alcanzo a verla cuando se para delante de mí unos segundos y me mira.

«¿Qué haces? ¡Espera!», sigo sin pronunciar palabra.

Sophie sale de la habitación y al fin logro moverme. Pero solo consigo sentarme en la cama antes de escuchar la puerta de casa cerrarse.

Me quedo solo. Y por una vez la soledad comienza a agobiarme.

2



Estoy con mis primas en la tienda riéndome cuando la campanilla suena y entra Kevin por la puerta dando los buenos días con esa sonrisa dulce que solo dibuja delante de la gente. Sonia, Carla y yo le damos los buenos días mientras intento escabullirme en algún que otro quehacer. En cambio mi prima Sonia, que hoy está ayudándonos porque está de vacaciones de Semana Santa, se apresura para atenderle. Yo, a su edad, también corría cuando un tío bueno entraba por la puerta. Y tengo que reconocer que Kevin ¡lo es!

—¿Qué te pasa? —me increpa mi prima Carla, agarrándome del brazo—. Llevas toda la semana huyendo de él.

—¿A mí? —me hago la loca—. Nada. ¿Qué iba a pasarme?

—Eres la monda lironda si crees que me puedes callar con esa respuesta, primita —sonríe. Odio esa maldita sonrisa de mi prima con aire de superioridad. Hasta los ojos le hacen chiribitas. ¡Como si ella supiera todo en esta vida!

Resoplo en señal de respuesta a la vez que pongo los ojos en blanco.

Es cierto. Ha pasado media semana desde que Kevin se volviera loco y decidiera que si Drea jugaba un rato conmigo, así como sus amigos, lo nuestro acabaría. Bueno, esto último sólo lo pienso yo. Pero desde que pasó aquello todo está siendo muy raro.

¡Por supuesto que había decidido que era lo que quería! Y aunque mi decisión era seguir a su lado, no podía ni quería hacer

como si nada hubiera pasado entre Kevin y yo. El daño estaba hecho, y aunque en cierto modo era reparable no iba a ser fácil seguir como si nada. Así que nuestros primeros encuentros entre las paredes del negocio familiar estaban siendo un poco raros debido a que yo intentaba escabullirme y, si no lo conseguía, mi actitud era fría y distante. Ciertamente, había que estar ciego para no darse cuenta de mi cambio de actitud y era fácil llegar a la conclusión de que algo pasaba.

—Sophie, es tu chico. ¿Habéis discutido, verdad? A mí también me pasa...

—Sí —le corto para que se calle—. Es eso. Hemos discutido.

—Bueno, si es por eso me quedo más tranquila. Ya lo solucionaréis.

—Seguro. —La sonrío para que se quede más tranquila.

Mis desaires estaban causando el efecto que deseaba en Kevin. Si antes era yo la que andaba pendiente cuando le daba por hacer uno de sus viajes misteriosos, o alguna mañana que no aparecía a por su habitual café, ahora lo hacía él. Kevin había estado unas cuantas veces en mi casa para intentar hablar conmigo, pero no había tenido éxito. Me había dado por salir a correr como mínimo una vez al día. Alguno incluso lo hacía dos veces. Era una adicción sana en todos los sentidos, y había conocido a Rebeca o Beca, como prefiere que la llamen. Una chica que tendrá mi edad y con la que comparto esta nueva afición de salir a correr para relajarnos. Así que a veces quedábamos para salir a trotar juntas por la arena. Esto me servía para mantenerme ocupada y no pensar en él. Pero sabía que si Kevin seguía viniendo cada mañana a por su café, solamente era porque de vez en cuando yo respondía a alguna de sus llamadas o mensajes. Me estaba costando hacerme la fuerte y no responderle siempre. Pero también comenzaba a acostumbrarme a que fuera él quien se preocupara de buscarme.

Kevin:

¿Cuánto tiempo más vas a esconderte de mí?

Sophie:

Si me acabas de ver. ¿O no me has visto? 🤪

Kevin:

¿Nos vemos esta noche?

Desde esa noche, el único sitio donde había conseguido verme era en la panadería. Y aun así, le había resultado misión imposible tratar conmigo.

Sophie:

Uffff. Pereza

Kevin:

Si todo está bien... no entiendo por qué huyes de mí. Haces que me pierda, Sophie.

Sophie:

Nos vemos. 😊 Muack

Y lo mejor es que iba a tener la excusa perfecta para seguir esquivándole, ya que al día siguiente era Jueves Santo. Lo cual significaba que comenzaba oficialmente la Semana Santa y con ella unos días de mucho movimiento en Noja con los turistas, es decir, unos días de mucho trabajo.

Ahora mismo no recuerdo bien si fue el sábado o el domingo. Siempre que hay días festivos me desubico en el espacio temporal. Así que una de las tardes del fin de semana, cuando regresaba de correr de la playa, lo encontré sentado en las escaleras del portal lo que me pilló por sorpresa e hizo que me detuviera frente a él no sin antes recular.

—Hola —me dice mientras me quito los auriculares de mi reproductor mp3.

No recuerdo bien si le saludé o no. O si lo hice, ni idea de qué dije. Recuerdo su postura desenfadada mientras estaba sentado, y cómo apartó su vista del suelo para saludarme a la vez que sonreía, entonces me quedé como un pasmarote parada bajo las escaleras. ¡Estaba sonriendo! Además sus ojos brillaban con ese reflejo dorado que me recuerda a la miel. ¿Kevin estaba feliz? No es que nunca sonriera, pero le costaba. Así que cada vez que lo hacía, me sentía cautiva.

—No sabía que corrías.

—Tampoco te has molestado en saber demasiado sobre mí —salto sin pensar demasiado a la vez que nos miramos dando paso a un pequeño e incómodo silencio—. La marea esta baja... —di una respuesta de lo más idiota para romper el silencio, mientras enrollaba el cable alrededor del reproductor.

Y, encima, había ido a buscarme cuando llevaba toda una semana con sus días y sus noches, haciéndole desplantes, sin responder a sus mensajes y sus llamadas perdidas.

«Reacciona, Sophie», pienso.

Tal cual se estaban dando las cosas durante esos últimos días, me hacían pensar —también quería—, que algo en Kevin estaba cambiando. Que igual, aunque remotamente, podría estar colándome a través de una de las fisuras que tenía en su corazón. Y que incluso Iceman, que me había dicho que esto solo era un juego, cada vez que me recordaba que había una fecha marcada en el calendario en la que nos diríamos adiós, y que cuando acabara no habría nada, se estaba comenzando a olvidar de todo aquello en lo que yo no quería pensar. Sí. El mismo que me había dicho hace no mucho que no me debería de negar la opción de conocer a más chicos.

—... y el deporte es bueno para olvidar cosas que es mejor no pensar —prosigue con una sonrisa.

—Igual uno de estos días me invitas a correr contigo.

—Mmmhh —dudo en alto a la vez que pongo un pie en el primer peldaño para subir las escaleras—. ¡No lo creo! —Una carcajada sale risueña de mis labios al pasar a su lado—. Hay cierto tipo de deporte que se hace mejor sin compañía.

Kevin también ríe. Al menos, eso es una buena señal.

—¿Otra vez huyendo, Sophie?

Llego arriba de la escalinata. Estoy de espaldas a él y por suerte está sentado, con lo que no puede ver mi nerviosismo al mordermelo el labio.

«No. No voy a huir de ti», me digo para mis adentros.

Me giro con una sonrisa y le contesto.

—¿Qué te hace pensar eso?

Ladeo un poco la cabeza para ver la expresión de su rostro, pues Kevin sigue de espaldas a mí.

—Yo no me he cansado de ti —¡Dios! La frase: «no me he cansado de ti» hace eco en mi cabeza. Me hace tan feliz escuchar

eso de su boca—, pero igual tú ya no quieres verme más y te quieres librar.

«¿Cómo me iba a cansar yo de ti? —pienso—, si aprendería física, química o lo que hiciera falta solo para averiguar la fórmula para detener el tiempo y que los días no fueran pasando».

Kevin se gira y sus ojos se clavan en los míos.

«¡Mierda! ¿Podrá saber lo que estoy pensando?».

Temía perderme en su mirada si continuaba mirándome de esa forma, con lo que aparté la vista y miré el llavero mientras jugueteaba nerviosa con él.

—Sabes que no me quiero librar de ti, Kevin. —Levanto la vista para ver cómo reacciona tras mi respuesta. Porque eso es lo último que quiero que pase.

—¿Y por qué te escondes de mí? —pregunta tajante—. Dices que no te quieres librar de mí, pero por qué, entonces todo lo que haces es para huir de mí.

Dudo. ¿Qué puedo decirle? ¿Que quería ver hasta dónde es capaz de llegar para retenerme a su lado? No. Seguro que me soltaría el sermón de siempre. ¿Que me requeteencanta que sea él quien me busque e insista aunque le ignore? Tampoco. ¿Entonces?

—Bueno, a las mujeres nos gusta eso de que nos presten atención —sonríó quitando importancia para que no suene como realmente me acaba de sonar a mí—, que nos busquen y esas cosas, Kevin.

—Seguro que algún día alguien hace eso —evita mirarme directamente— y mucho más por ti. Encontrarás a alguien —clava la vista en el suelo. Parece algo temeroso y Kevin no es así— que te quiera y todo eso que se suele decir. —Se pone de pie—. Yo lo que quería era comprobar que estás bien —ahora sí me mira. Como suele hacer siempre. Yo le respondo de igual modo. Me encanta y a la vez me atrapa y me cautiva ese brillo que hay en sus ojos—. Desde que saliste de mi casa la semana pasada en mitad de la noche no hemos vuelto a estar solos los dos. ¿Estás bien? Igual...

—¿Igual qué, Kevin? —le corto. Estoy cansada ya de sermones y la misma historia. Ya sabemos que las princesas Disney no fueron felices como nos pintan, pero nos gusta pensar que así fue.

¡Dios! ¿Bien? ¿Cómo narices voy a estar bien si ahora mismo me siento como la protagonista de la película *Psicosis* de Alfred

Hitchcock, en el momento que es apuñalada en la bañera con esa banda sonora que en cuanto escuchas, ya sabes a qué film pertenece? Solo que él había tirado los sueños de los últimos minutos por el desagüe de esa bañera.

—Igual me pasé un poco esa noche.

—Pues no te preocupes, Kevin. —Mi voz es seca. Sus palabras me han traído de nuevo a la realidad—. Estoy bien.

Le doy la espalda y estoy metiendo las llaves en la cerradura del portal cuando siento las pisadas de Kevin subiendo hacia mí. Giro las llaves y abro la puerta a la vez que entro dentro del portal, cuando su mano se posa sobre la mía antes de que pueda sacar las llaves de la cerradura.

—¿No me invitas a pasar?

—Hoy no, Kevin. Tengo que ducharme. —Y eso es verdad. El sudor se está secando en la ropa de deporte y me voy a enfriar como siga perdiendo el tiempo de esa forma—, y he quedado —miento.

Lo único que quiero es ducharme y tirarme en el sofá de mi casa con una película o escuchar música. Pero quiero estar sola mientras me atiborro de comida calórica.

—¿Y con quién? —sonríe al preguntar.

Creo que sabe que le estoy mintiendo para seguir huyendo de él, pero me da lo mismo.

—Dónde voy cuando no estoy contigo no es de tu incumbencia. —Creo que esa respuesta la que uso él hace un tiempo—. Ahora quiero descansar.

Me levanto sobre mis talones, y le doy un beso en la mejilla. Kevin me pone su mano en la espalda y me pega a su pecho. Su pecho es duro, justo como lo recuerdo. Y su perfume me embriaga.

—No seas cabezota, pequeña —me susurra.

Deslizo mi mano hasta su mano que está a mi espalda, mientras la aparto de mí.

—Te aseguro que puedo serlo —digo separándome de él.

—Pues nada, si es lo que quieres. Lo respeto. —Levanta su mano en señal de despedida y comienza a bajar las escaleras.

—Adiós —yo también hago el mismo gesto, pero ya está de espaldas y no me ve—, Kevin.

Cuando voy a meterme para dentro, escucho su voz y me giro. Él también lo hace.

—Salgo de viaje mañana. Para que no te preocupes si no me ves en unos días. Adiós, Sophie. ¡Que estés bien!

Cojo aire mientras pienso y le veo alejarse. Es la primera vez que Kevin me da alguna explicación.

—¡Espera! —grito saliendo del portal pero sin bajar las escaleras. Esto de que salga de viaje me coge por sorpresa. Cuando Kevin me mira, hablo—. Y si te digo que no te vayas esta semana, que lo hagas la próxima, ¿lo harías?

Vuelve a sonreír. Me mira cauteloso. Yo hago igual mientras espero su respuesta. Un instante de silencio que se hace eterno esperando escuchar lo que tanto deseo oír.

—Si tú me lo pides, podría hacerlo.

«¿Qué?». Creo que las piernas me tiemblan al escuchar lo que acaba de decir.

Durante unos segundos le doy vueltas en mi cabeza a sus palabras.

Hace tan solo unas semanas lo hubiera retenido a mi lado a toda costa. ¡Es un honor para mí que me proponga cancelar su viaje! Pero ahora que sé dónde va cuando desaparece, no puedo hacerle esto a su hija. Además, ella es su amor incondicional, y yo... yo solo soy Sophie...

—¡No! —digo poniendo el grito en el cielo—. No, tú tienes que irte así que vete.

—¿Ocurre algo?

—No. Nada. ¡Nos vemos cuando vuelvas!

Al menos, había tenido la consideración de decirme que se iba, y no me iba a volver loca si no le veía durante unos días, aunque su viaje cambiara mis planes de seguir jugando al gato y el ratón. Igual que tampoco sería arrastrada por la fuerza oscura que me hace pensar en cosas que no debo.

3



No sé cómo lo he hecho. Pero al final cambié mi fastuosa idea de sofá, pelis y comida no apta para corazones sensibles, y me decidí por salir a tomar algo con mis amigas. Y de qué forma lo hice... he acabado llorando las penas en alcohol. Vamos, que he ido de empalmada a trabajar, con una peste a alcohol rancio y un ímpetu del quince gracias a la bebida energética que me he metido entre pecho y espalda con una napolitana para el desayuno en el bar de al lado. Kevin se ha ido y yo tengo la cabeza como si tuviera un pájaro carpintero trabajando dentro de ella que con cada picotada que da no hace más que recordarme su nombre.

A medida que avanzan los días de la semana sin la presencia de Kevin, me doy cuenta de que su ausencia se me está haciendo más corta y mucho más llevadera de lo que pensé. Digamos que no he tenido tiempo suficiente para echarlo de menos.

La verdad es que con el aumento de clientela por la Semana Santa, he tenido que meter horas extras en la panadería. Y entre trabajar de más, quedar con amigos y aprovechar para correr con Beca casi todas las tardes, no he tenido tiempo de pensar en él. Algo que me gusta. Y no es que no le eche de menos. Mentiría si digo eso. En cambio sí puedo decir que en comparación con otras de las muchas veces que se ha ido de viaje, esta vez lo estoy llevando de lujo y eso que apenas nos hemos enviado mensajes. No está la Sophie que revisa su móvil cada cinco minutos por si entra un mensaje y no escucho el timbre

del móvil. Mi actitud está cambiando. Y el motivo creo que es, por una parte, que en esta ocasión me ha avisado de que se iba, y segundo, que sé dónde está.

Una de las tardes, cuando la calma parecía volver de nuevo a Noja, tras los días de trabajo, salía de la playa acompañada por Beca, la chica que había conocido unos días atrás;

—¡Bien! —celebro en alto mirando la pantalla de mi teléfono móvil, que tengo colocado en mi brazo izquierdo para controlar los tiempos y mi frecuencia cardíaca—. ¡Misma distancia en menos tiempo!

—¡Genial! ¡Menuda sudada! —contesta Beca con la cara todavía roja por el esfuerzo de correr una hora a paso ligerito.

—Sí.

No es que yo fuera Superwoman. Pues también tenía el pulso a mil y mi respiración era pesada.

—¿Mañana a la misma hora? —preguntó Beca.

—Por mi perfecto.

—Hasta mañana entonces.

—¿Me dijiste que te hospedabas en el hotel Viadero, verdad?

Beca asiente.

—Pero esta semana me cambio a un apartamento. Que ya el hotel me está saliendo por un pico.

—¡Genial! Pues te acompaño parte del camino que voy a subir a por un café y a ver si les queda alguna napolitana por las estanterías que me apetece algo dulce. Si te hace, te vienes conmigo y te invito. Seguro que siempre comes dulces prefabricados. ¡Verás la diferencia de sabor!

—¡Oh! —Beca duda unos segundos mientras revisa la hora en su reloj.

Tampoco es que conozca demasiado a Beca. Sé que está en Noja porque necesitaba huir del estrés que conlleva vivir en una gran ciudad como es Madrid y necesitaba desconectar de todo ese caos y bullicio.

—¡Vale! Perfecto. Además creo que nos hemos ganado meter nos unas calorías al *body*.

Comenzamos a subir la cuesta que nos conduce a la plaza de la villa charlando. Hace solo unos días que comencé a hablar con Beca y lo hicimos porque las dos compartimos la afición por correr.

El primer día que vi a Beca recuerdo que ella pasó por mi lado corriendo. Iba con unas mallas negras, un top del mismo color con detalles rosas y la chaqueta rosa atada a la cintura. Era la primera vez que la veía y me dio frío verla correr con ese atuendo. Yo llevaba solo unos minutos corriendo, y aunque debajo de la sudadera, llevaba una camiseta de manga larga, no me planteaba quitármela. Es habitual ver a gente caminar por la orilla, pero no somos muchos los que corremos, además nunca antes me había cruzado con ella, me acordaría de su cara. Recuerdo que me saludó con una sonrisa y un «hola» al pasar por mi lado y que yo le devolví el saludo.

Después de ese día, comencé a cruzarme con ella. Siempre en dirección opuesta. Hasta que un día me sorprendió, apareció trotando y, al llegar a mi altura, hizo que me sobresaltara al tocarme la espalda. Iba con la misma ropa que llevaba la primera vez que me crucé con ella en la playa y tenía su pelo castaño recogido en una coleta. Fue en ese entonces cuando se presentó, por raro que parezca conocer a alguien cuando estás en pleno entrenamiento, y me preguntó si no me molestaba que corriéramos juntas. La verdad es que estar sola me gusta, soy de esas personas que ven la soledad como algo positivo, pero siempre viene bien compañía de vez en cuando.

Cuando llegamos a la panadería, mi madre y mi prima se encuentran tras el mostrador.

—¡Hola, cariño! —me saluda mi madre sin percatarse de que no entro sola—. ¿Cómo ha ido el ejercicio hoy?

—Buenas tardes —saluda Beca dejando que la puerta se cierre tras nosotras.

—Ella es Beca —digo señalándola con la mano—. Mi madre Laura y mi prima Carla.

—¡Encantada! —responde tímidamente una Beca que no había visto nunca tan cohibida.

Pero mi madre, que es bastante efusiva, sale rápidamente del mostrador, para dar dos besos a Beca y presentarse, como ella diría, ¡en condiciones!, para después preguntar:

—¿Os preparo algo? ¿Unos churritos con un buen chocolate? —Sonríe a la vez que se da la vuelta sin esperar una respuesta de nuestra parte—. Tanto correr, tanto correr. ¡En los huesos te veo también a ti! ¡Rebeca, verdad?

—Sí, pero todos me dicen Beca.

—¡No! Chocolate y churros, no —digo en voz alta para detener a mi madre—. O bueno, igual tú si quieres —digo dirigiéndome a Beca.

—Estoy bien así. Lo único que me entra ahora es un buen vaso de agua.

Mi prima Carla, se ofrece y nos sirve un vaso a cada una, que bebemos de un trago. Mientras, Carla, que es una de las mujeres más vagas que he conocido, se dedica a charlar con Beca llamándonos frikis del deporte, cuando Beca la invita a que se anime a correr un día con las dos.

—¿No me digáis que habéis venido hasta aquí solo para beberos un vaso de agua? —insiste mi madre, quien es la mujer más persuasiva e insistente que conozco.

Libero un suspiro. Esta mujer y su instinto de hospitalidad...

—La verdad es que subía a por un café y a ver si queda alguna napolitana e invité a Beca, que al parecer lleva mucho tiempo comiendo cosas prefabricadas.

—¡Pues dos cafés! ¿Os los tomáis aquí?

Beca me mira esperando que sea yo la que responda.

—Mejor ponlos para llevar, mamá.

—Y tu napolitana —me pasa mi prima mi dulce favorito agarrado con las pinzas, y cuando lo cojo me lo retira—. ¡La última! Has tenido suerte. Pero coge una servilleta, que si no te vas a ensuciar.

Le hago caso para que me dé mi napolitana, a la que meto un gran mordisco en cuanto la tengo en mi poder. Carla pregunta a Beca qué le apetece comer, pero dice que nada.

—¿Así que de Madrid? —pregunta mi madre mientras apoya nuestros cafés en el mostrador. Beca asiente y mi mamá, sigue con sus preguntas—. ¿Y qué hace por un pueblo tan humilde una madrileña?

—Necesitaba respirar. Digamos que necesito encontrarme a mí misma —Beca respira ahogadamente. Como si le faltara el aire.

Mi madre sigue preguntando, y yo me doy cuenta de que los ojos de Beca están como perdidos.

—Dicen que hay que olvidar para poder seguir —prosigue Beca, con la mirada gacha—. Así que aquí estoy —toma aire de nuevo, y dirige la vista a mi madre—. Tratando de volver a ser yo.

—¡Di que sí! Así se habla —la anima mi madre, que al igual que mi prima y yo, se ha dado cuenta de que habla del mal de amor.

Justo en ese preciso instante mi móvil suena, y salgo a la calle para responder.

—Buenas tardes, preciosa —me dice Jared desde el otro lado con su risueña voz.

—¿Cómo está mi mochuelo favorito? —pregunto a la vez que sonrío. Siempre tengo una sonrisa guardada para él.

¡Genial!

Desde que pasó aquello entre nosotros dos, que hizo enfurecer a Kevin, Jared y yo hemos seguido enviándonos mensajes y hablando de vez en cuando. Que hubiese habido sexo entre Jared y yo, y que durante un breve periodo de tiempo cambiara de Amo, no tiene que ver nada. Me cae genial y tiene una madurez que muchos quisieran.

—¿Cómo tienes la semana para vernos?

—¿Vernos? Mmmhh... —me quedo pensativa.

La última vez que lo vi fue aquel día que Drea nos dejó solos en su mazmorra.

—Necesito darte un notición y tiene que ser en persona. No voy a comerte si no quieres. Porque no quieres, ¿o sí, preciosa? —su risa suena estridente y con eco entre las líneas telefónicas.

Por suerte ya no trabaja como ayudante de Drea. Y eso sí que fue un meganotición cuando me contó que ya no lo hacía. No es que me importara mucho que lo hiciera, pero esa tiene una lengua que escupe veneno. Sobre todo cuando se trata de mí.

—Ja, ja, ja. ¡Mocoso!

Al final le propongo quedar al día siguiente por la tarde, que es viernes, o esperarnos al sábado.

—¡Nos vemos mañana entonces! —me despido de él cuando dice que prefiere quedar al día siguiente.

Cuando termino de despedirme y colgar, tengo la intención de volver dentro, pero justo Beca sale con nuestros cafés, así que me despido moviendo la mano de mi madre y mi prima, y nos vamos.

—¿Tu novio?

—No, un amigo.

Mentir sobre si tu follamigo es tu novio, ¿tiene alguna penitencia? Espero que no. Porque si la tuviera, no dejaría de rezar por cada vez que he dicho a alguien que Kevin era mi novio.

Justo en ese momento me suena la alarma de WhatsApp. Mi amiga Marta me pone que tiene algo que decirme muy importante y tiene que ser en persona.

Extrañada le pongo un «ok», seguido de un: «¿Tengo que preocuparme?».

Ella me responde diciendo que vaya a cenar a su casa partir de las 9, que es cuando sale mi amigo Rafa, su novio, de trabajar.

—¿Todo bien? —pregunta Beca al ver que aminoro el paso.

—Sí, perdón —levanto la vista de la pantalla para mirarla. A mí también me molesta que la gente se ponga a hablar o jugar con el móvil cuando estoy con ellos como si con ese cacharro de plástico o de lo que quiera que esté hecho, se les fuera la vida.

Escribo «Ok», doy al intro y me olvido de móvil.

Tengo un poco de prisa, así que no tardo en despedirme de ella, y aligero el paso para llegar a casa, ducharme y prepararme. ¿Qué será lo que me quiere decir de repente todo el mundo?

4



—¿De verdad? —pregunta mi prima cuando le doy la noticia de que mis amigos se casan.

Anoche, cuando fui a casa de Marta y Rafa a cenar, aparte de darme cuenta de que hacía semanas que no los veía, me dijeron que ¡se casan!

Que rápido pasa el tiempo. Parece que fue ayer cuando Rafa me acompañaba hasta casa después de salir de fiesta, y andaba muy triste y apenado pensando que Marta nunca se fijaría en un chico como él.

—¿Cómo se va a fijar en un chico como yo? ¿Tú me has mirado?

Es cierto que mi amigo Rafa no es el chico en el que te fijarías de fiesta. No es guapo y no tiene un cuerpo que llame la atención. Es lo contrario, aunque sí tiene unos ojos azules de un color precioso. Recuerdo que yo le decía siempre;

—No digas nunca de este agua no beberé.

Yo, que a veces tengo una vena por la que me corre un poco de sangre celestina, siempre andaba con preguntitas cuando estaba a solas con Marta, que por aquel entonces era fácil poder quedar con mis amigos por separado, y sabía alguna que otra cosa que no podía contarle a Rafa. Así que aunque sabía que tenía posibilidades con Marta, a mi amigo le tocaba seguir como alma en pena, hasta que a ella un día, se le antojó dar el paso. Y desde que lo dio, han sido inseparables. Lo hacían todo juntos, tanto que

en ocasiones daba mucho por saco salir con ellos de fiesta, pues estaban todo el día abrazados en mitad del pub.

¡Me alegro de que hayan decidido dar el gran paso!

Unos evolucionan más rápido y otros más lentos. Como yo. Que estoy entregando el 100 % en algo que casi es un fracaso en un 99 %. Pero aún tengo una ligera, casi efímera, confianza en ese 1 % que resta.

Durante la mañana no hago otra cosa que hablar de mis amigos con mi madre, mi prima, mi tía, mi padre, y por supuesto, la Sole que, como buena maruja, ya se ha enterado del chisme. Ha sido una suerte que no fuera ella la que me lo contara, aunque por los pelos. Que una señora del pueblo, casi se entere de una noticia que incumbe a mis amigos antes que yo, me hace darme cuenta que desde que *estoy* con Kevin, apenas he tenido tiempo para quedar con mis amigos y me entristece pensar que he dejado de lado a la gente que siempre ha estado para los momentos buenos y los no tan buenos.

No quiero tener que elegir entre mis amigos o Kevin, pero esto debe cambiar. Debería tener tiempo para hacer todo lo que hacía antes de que él apareciera en mi vida, y aunque todavía no sé cómo, algo se me ocurrirá para lograrlo.

La mañana pasa volando. Media mañana la he pasado colgada del móvil escribiendo a mis amigos para comentar la futura boda, y ya hemos decidido que, aunque todavía quede un año, hay que hacer una despedida por todo lo alto a Marta fuera de Noja. Con tanto ajeteo, cuando quiero darme cuenta, estoy sentada en la parada del autobús, esperando a que Jared llegue.

Nada más vernos nos recibimos con un gran abrazo. Pero no un abrazo grande e intenso que no te deja respirar. Es uno de esos que solo te das con cierto tipo de personas. Con caricias en la espalda y a la vez que giramos sobre nosotros mismos como si nos hubiésemos extrañado toda una vida.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así de raro? —le pregunto cuando al separarnos veo que me mira con algo de duda y arrugando el ceño.

—Has menguado un poco, ¿no? —comienza a reírse sin freno.

—¡Estúpido!

—¡Es broma! ¡Es broma! —dice enseguida un Jared risueño y sonriente levantando sus manos en señal de paz.

Pronto nos ponemos a caminar y le pregunto qué es lo que le apetece hacer. Si le apetece tomar algo, andar ¿o qué?

—Estirar las piernas un poco me vendría genial. Creo que quien inventó los asientos de autobús, no tuvo en cuenta a los que somos altos para dejar el espacio suficiente entre uno y otro.

Ambos reímos. Yo sé lo que es eso. Bueno, no por mí, claro. Pero tengo una amiga que cada vez que viaja lo pasa mal a no ser que le den asiento en el pasillo. Lo bueno es que siempre que he ido con ella de viaje, me he sentado en ventana para disfrutar de las vistas, que es lo que más me gusta.

Mientras dejamos tras nosotros la plaza de la Villa y bajamos la cuesta que conduce hacia la playa, Jared me suelta el porqué de su urgencia para vernos.

—¡No podía irme sin despedirme de ti!

—¿Que te vas? —pregunto algo extrañada.

—Me ha salido trabajo en Sevilla.

—¿Sevilla? Eso está un poco lejos...

—Así es, preciosa. Pero aquí no me sale nada. Y aunque no sea de lo mío, creo que me hará bien estar un poco lejos de todo esto.

—No. Si tienes razón —pongo morritos. La verdad me da mucha pena que Jared se vaya tan lejos—. ¡Te voy a echar de menos! Que lo sepas.

Jared ríe a la vez que se detiene para darme un abrazo y yo finjo que absorbo con la nariz como si estuviera a punto de llorar.

Igual suena extraño esto que voy a decir. Pero Jared es como ese hermano que nunca he tenido y siempre he querido. Y dije que a lo mejor sonaba extraño ya que con un hermano nunca hubiera pasado lo que pasó entre nosotros dos. Pero no sé. Es algo extraña la ternura que siento por él.

Un rato después, nos encontramos tumbados sobre la arena en la playa cuando mi móvil emite un pitido. Hace un día cálido, y como la arena todavía está algo caliente gracias a que el sol lleva todo el día tostándola, se agradece ese calorcito en el cuerpo.

Kevin:

Me resulta extraño decir esto, pero te echo de menos.

Al leer «te echo de menos» esbozo una sonrisa gigante y toco la pantalla con la yema de los dedos dudando mi respuesta.

—¿Kevin? —pregunta interesado Jared.

—Sí —respondo volviendo a leer su mensaje.

—Parece que ha dicho algo que te ha alegrado.

Vuelvo mi vista a Jared y le digo lo que Kevin había puesto en su mensaje. Algo que para mí es importante y me hace seguir queriendo permanecer a su lado hasta gastar la última oportunidad de ablandar ese corazón que ha decidido no volver a amar.

—¡Me alegro, preciosa! —Me guiña un ojo.

—Tú sí que eres guapo.

Jared me tira un beso y hago como que lo cojo y lo guardo en el pecho.

—¿No le contestas? —pregunta.

Me debato si debo contestarle «y yo». En realidad me muero de ganas de decírselo, pero si a estas alturas Kevin no se ha dado cuenta de lo que siento de verdad por él, es un idiota o yo lo he ocultado muy bien. Aunque es cierto que he sido fría y distante durante los últimos días. ¡Pero tengo motivos! No iba a sonreírle de la noche a la mañana y olvidar la comprometedor situación que me hizo vivir frente a Drea y sus amigos. De alguna forma debería cobrarme el malestar que me había causado.

Al final decido que no puedo decirle lo que de verdad quisiera decirle. No puedo porque simplemente, ¡no debo! No puedo decirle que yo también le echo de menos, ¡porque no! Seguro que suena como no debe. Como la verdad. Y es que el querer es una cosa, pero lo que tiene coherencia y lo correcto, muchas veces van por la acera contraria. Y yo he decidido caminar por esta última.

Sophie:

¿Y por qué te resulta extraño?

Mientras observo en la parte superior de la pantalla que está escribiendo, aparto la vista para mirar a Jared, que también ha sacado su teléfono y está eclipsado mirando la pantalla. Lo que me alivia en cierto modo y me hace sentir menos mal por ignorarle mientras me wasapeo con Kevin.

Kevin:

...

No me gusta que me conozcan demasiado bien.

Ya te he confesado un secreto, Sophie. Espero que esto sirva para que no preguntes cosas que no voy a responder.

Por suerte o por desgracia, somos la generación de la tecnología. Es lastimoso observar a grupos de chavales sentados en un parque y que todos estén con su móvil sin dialogar entre ellos. Y quien no lo hace es un bicho raro.

Esto me recuerda a un programa que vi hace unos años de la serie *Futurama*. Le hacía un guiño a una marca que cada vez que saca un terminal nuevo, la gente se agolpa para conseguirlo a precios desorbitados. En el capítulo sacan un último modelo. Un teléfono incorporado en el ojo. Bueno, no recuerdo bien si era en el ojo o en el párpado. Pero ahí iban todos a que se lo inyectaran. Y claro luego todos más enganchados aún a más aplicaciones, etc. Así, un poco como estamos Jared y yo en este instante. Él a saber con qué chorrada se estará entreteniendo mientras yo vuelvo a leer ese «Te echo de menos».

Como sigamos a este ritmo con la creación tecnológica, pronto ese capítulo será real y no solo de dibujos.

Sophie:

¿Te hace sentir mal que yo, o quien sea —pongo esto para quitarle importancia a la pregunta— pueda conocerte de tal forma que sepa cuándo estás bien o mal? Por ejemplo, ¿cuándo necesitas un abrazo?

Kevin envía un emoticono de un beso. Y damos por zanjada la conversación.

La tarde con Jared pasa volando.

¿Para qué negarlo? Sí, gran parte de la tarde nos la hemos pasado hablando de mi amiguísima, Drea. Pero también hemos tenido tiempo para hablar de su nuevo trabajo. Sus miedos. Y por supuesto, también de Kevin.

Jared es un niño para mí, pero tiene algo de adulto que no lo tienen muchos chicos de mi edad. Igual es que él me comprende porque ambos somos algo así como la cuchara y el tenedor. Que se usan para lo mismo, pero para diferentes alimentos. O porque veo en su mirada tierna algo que me hace saber que

puedo confiar en él. Pero sé que con él puedo hablar de todo. Así que me lleno de valor y me confieso.

Le hablo de la cena y el atuendo que Kevin me obligó a llevar. Aunque eso de obligó... sé que yo acepté. A fin de cuentas, el Amo es quien dispone, pero es la sumisa quien tiene voz a la hora de decidir. Le hablo de todo lo que sucedió. Y también le cuento que, por un segundo, pensé que acabaría cumpliendo los deseos de Drea.

—¡Pedazo cabrón! —salta Jared de golpe y porrazo.

Yo le miro sin decir nada. Su mirada está algo desencajada. Incluso me atrevería a decir que rabiosa.

En el poco tiempo que Jared y yo nos conocemos hemos tenido una conexión espectacular. Y no solo porque la primera noche que lo conocí me lo tiré en la parte de atrás de un coche, que por cierto, nunca he sabido quién era su dueño. Pero a veces puedes conocer a una persona durante años y nunca llegar a conectar, y conocer a una de la noche a la mañana y sentir que la conoces toda la vida. Y eso es lo que nos pasa a los dos. Es como el hermano que nunca he tenido.

Jared es esa clase de persona que defendería y sé que él a mí. Así que no debe estar muy contento.

—¿De verdad me estás diciendo que vas a hacer como que nada ha pasado? —pregunta algo asombrado.

—¡Ya sé que estoy fatal! Mi estado mental decae a pasos agigantados.

—Creo que hay límites y límites. Y la verdad —me mira fijamente a la vez que agranda sus ojos y eleva las cejas—, no te veo el tipo de chica que acepta esta clase de cosas. O mejor dicho: ¡Veía!

—A ti no te puedo engañar. Sabes de sobra lo que siento con Kevin.

—¿Y lo que te contó Drea? ¿Vas a olvidarlo?

Recuerdo perfectamente lo que me contó Drea sobre la difunta mujer de Kevin. Yo se lo conté a Jared. Así que puede estar bien seguro de que me acuerdo demasiado bien.

—¡Nooooo! —digo casi gritando y alargando la o como si lo que me acabase de decir fuera un disparate. Un crimen—. ¡Claro que no puedo olvidarlo! Pero tengo la esperanza de...

—¿Esperanza? —me corta de pronto sentándose en la arena para mirarme serio.

—Sí. ¡Esperanza!

—¿Y qué hay detrás de la esperanza, Sophie?

Me quedo en silencio por segundos. ¿Qué hay? Esa pregunta es interesante. No sé qué contestar. No sé qué hay después de la esperanza.

Levanto mis hombros.

—No me gusta tener que ser yo quien diga esto y te corte las alas. Pero tú misma sabes que después de la esperanza lo que habrá es una mujer rota.

—¿Y si nos quedamos en la esperanza?

—¿Y si no, Sophie?

Jared tenía razón. Lo único que él estaba intentado era abrirme los ojos. Ser realista. Pero yo había decidido ir en contra de todo, incluso de mi yo interior que me decía ¡huye! Y había optado por volverme loca y vivir dentro de un decorado de película. «Dream Big. Be Unrealistic».

5



Tal y como había imaginado, Kevin está de regreso para finales de semana.

Lo sé por un mensaje informativo en el que me comunica que ya está en el pueblo. Como era de esperar, y supuse, volvió al finalizar las vacaciones de Semana Santa.

Pero antes de que pueda llegar la ocasión de tenerlo frente a mí, ocurren dos cosas que no pensé nunca que ocurrieran.

Una tarde de mucha lluvia, Carla y yo estábamos tiradas en el sofá de mi salón haciendo tarde de películas con la excusa de engullir toda aquella comida que de normal no comeríamos por la cantidad de calorías que tiene. Para ello habíamos preparado un menú digno de cualquier banquete real. *Pizza carbonara*, *Kit Kat*, galletas de chocolate de diferentes formas y sabores, *doritos con salsa de queso*, *palomitas cero* (pensamos que así nos sentiríamos algo menos culpables, como quien come un bocata de chorizo y luego se pide el café con sacarina, por eso de rebajar las calorías) y otras chuminadas. Habíamos terminado de ver *Cásese quien pueda...* y acabábamos de poner la segunda película. *Diario de una ninfómana* basada en el libro autobiográfico con el mismo nombre de Valérie Tasso... Cuando en mitad de la película hice una pregunta sin pararme a pensar demasiado en ella...

—¿Alguna vez te han dado cachetes en el culo mientras follabas? —dije mirando el televisor.

Aunque no mirara a mi prima, pude sentir cómo sus ojos se clavaban en mí ante la pregunta que había formulado.

—¿Pero qué dices?

—¿Nunca?

—¿Mi prima se ha vuelto loca?

Entonces aparté la vista de la pantalla de televisión, la miré y sonreí antes de decir:

—Deberías probar. ¿Te sorprendería!

Al final terminé por contarle de qué va mi relación con Kevin. Y aunque omití muchos detalles, ya tengo el mote oficial de la loca de la familia.

—Me excita. Me pone cachonda saber que mi cuerpo está expuesto y no puedo hacer nada. Que no soy yo su dueña.

—¿Eres una sumisa?

Pienso un instante y contesto:

—Sí. ¿Por qué no llamar a las cosas por su nombre?

—Pero...

—Pero eso... Me ponen diferentes cosas que a ti. Supongo —levanto mis hombros restando importancia—. Yo tampoco creía que lo hacían hasta que Kevin me abrió los ojos y despertó en mí un deseo sexual que jamás hubiera imaginado. No tienes ni idea de lo que sucede cuando uno se da permiso para sentir y quita sus miedos —digo algo pensativa clavando la mirada en no recuerdo exactamente qué parte del salón.

Durante un rato ninguna de las dos dice nada. Y antes de que ella pueda decir algo, ya lo digo yo.

—Nunca he sabido qué se siente cuando la gente dice que está en una nube. Pero cuando después de una sesión con mi Amo —y digo Amo, porque con Jared también me pasaba— vuelvo en mí, eso que siento creo que tiene que ser como flotar en una nube.

Mi prima suspira mientras le cuento, pero omito detalles sobre cómo son nuestras prácticas sexuales. O que estoy completamente enamorada de él. A ella he preferido decirle la verdad de lo que somos. Solo dos personas que han decidido permanecer unidas durante doce meses para tener sexo seguro a la vez que satisfacen sus deseos sexuales. Dicho de esta forma queda hasta elegante.

—Yo también tengo una cosa que decirte. Pero no puede salir de tu casa.

—¿Crees que lo mío quiero que salga? —pregunto con cierto grado de ironía.

—Estoy embarazada.

—¿Qué?

Dos cosas que nunca pensé que ocurrirían. Mi confesión sobre mis gustos sexuales, y que mi prima me diga que está embarazada. Pero cuando creí que todo había acabado ahí, ¡me equivocaba!

—Y no sé quién es el padre.

—¿Cómo?

Espero cuando Carla me suelta de golpe y porrazo que está embarazada y, por si fuera poco, que no sabe exactamente quién es el padre

—¡No sé si lo quiero tener!

—Espera, espera. Vayamos por pasos. ¿Cómo que no sabes quién es el padre?

Vale que Aitor, el novio de mi prima Carla, no me caía en gracia. Pero nunca imaginé a mi prima con otro chico que no fuera él.

—¿Recuerdas cuando fuimos hace no mucho de fiesta a Santander? —Asiento—. Pues es que Aitor y yo no estábamos muy bien y, bueno, un amigo de tu amiga, esa rara con aires de diva, me hizo tilín y quedé con él otro día.

Mi cara debe ser un poema mientras escucho lo que Carla me cuenta, ya que interrumpe su monólogo para decirme que tampoco es para tanto.

—¿Qué? Tampoco soy ni la primera ni la última mujer que es infiel. Además, me vas a juzgar tú a mí, que te pone que te pongan el culo como un tomate.

—¡No te estoy juzgando, Carla! Y el problema tampoco son los cuernos. Como si te quieres tirar a medio pueblo. El problema es que estás embarazada. Y eso, sí que es un problema.

—Te pido que me guardes el secreto.

—Lo haré. Pero este secreto deja de serlo pronto. Esa cosa que tienes dentro, crece.

Como era de esperar, durante los siguientes días, noté a mi prima rara en la panadería. Era como si buscara estar lejos de mí.

Mi prima tenía un problema, y tenía que decidir pronto lo que haría con el regalo.

Kevin volvió a aparecer por la panadería como cada mañana. Y yo decidí que era hora de dar la cara. De dejar de huir. Así que volví a ser yo la que le atendía. Lo que no me esperaba, y no me agradó, es que la misma tarde de reconciliación en la que le había propuesto ver una película en mi casa, me sorprendiera con que tenía que volver a salir de viaje.

¡Acababa de regresar de pasar la Semana Santa con su hija! O al menos esperaba que fuera con ella con quien había pasado tantos días.

—¿Otra vez, Kevin?

—Sí...

—¿Y supongo que una vez más me avisas, pero no me dirás dónde?

—Supones bien, pequeña.

Guardo silencio mientras le miro con atención, con mucha cautela, al tiempo que pienso y empiezo a sonreír sola.

—¿Seguro que te vas y no me quieres decir a dónde?

Insisto una última vez con una sonrisa bien marcada a la vez que atrapaba mi labio entre los dientes sabiendo que ese gesto le gusta del mismo modo que le inquieta por parecerle un gesto seductor y sexi.

—¡No hagas eso! —su voz suena de mando mientras asiente con la cabeza mirándome con esos ojos seductores. Viéndome de esa forma que, hasta la fecha, solo él ha sabido hacer.

—No tengo ni idea de a qué te referías, Kevin.

Sin perder mi esbozada sonrisa, aparto por unos segundos la vista de él. Solo lo que tardo en marcar un número en el teclado táctil de la pantalla del móvil, y pulsar el botón de llamada. Y aunque Kevin pregunta a quién estaba llamando, derogo su pregunta el breve instante que tardan en responderme del otro lado de la línea, guiñándole un ojo y pidiéndole tiempo.

—¿Sigue ese plan en pie? —pregunto cuando del otro lado de la línea mi amiga Nerea descuelga sin apenas dejarle tiempo para saludarme—. ¡Me apunto! Luego te escribo y acordamos

—una pequeña pausa para escuchar a mi amiga. Lo que hace aún más interesante la situación—. ¡Besos!

Al colgar, puedo apreciar en el rostro de Kevin que el juego al que llevamos un tiempo jugando, parece no gustarle tanto cuando soy yo la que esconde el misterio.

—¿Te apuntas? ¿A qué?

Intenta sonreír, pero no logra convencerme con una sonrisa que no se ve reflejada en su mirada.

—Kevin, yo también puedo y sé tener mis secretos fuera de este juego al que los dos hemos decidido jugar como adultos. ¡Ah! —me detengo enfrente y lo miro con burla mientras me acerco mucho a su cara a la vez que con mi dedo índice dibujo sobre su hombro—, y seguro que juego mejor que tú.

—¿De qué hablas?

Durante unos segundos más callo divertida observando cómo Kevin se impacienta al no tener él el poder. Luego camino hasta la puerta de mi casa y la abro para invitarle a salir.

—Pásalo muy bien allí donde quieras que vayas, mi amor —vacilo besando la punta de los dedos de una de mis manos y soplando el beso hacia su dirección.

Kevin aguarda con las manos en la cintura bajando su vista al suelo. Aprecio que una sonrisa nada controlada le sale del fondo del alma y aunque me cuesta, consigo resistirme cuando veo cómo se humedece el labio superior con la punta de su lengua.

—¿Vas a quedarte ahí? —le provoco de nuevo—. ¿Y las maletas? —A fin de cuentas, ya que él no va a decirme nada, yo no voy a ser menos. Y si puedo divertirme, pues genial.

Kevin termina por ponerse el abrigo y salir. No sin antes detenerse a mi altura, mirarme y volver a intentarlo una última vez sin éxito alguno. Avanza hacia mí y me agarra de la cintura atrayéndome hacia él.

—Sophie... —dice en un tono que resulta casi hipnótico.

—Dime...

Quando le tengo a esa distancia, cuando lo tengo tan cerca de mí, no sé qué me pasa, pero es como si se apoderara completamente de mí. De mí y de mi cuerpo. Toda yo soy completamente suya. Me cautiva con su mirada. Me embriaga con su aroma. Me atrapa con esa fragancia natural que es su aliento, que es único. Su identidad. Su ADN.

Sus dedos cubren con suavidad los pómulos de mis mejillas a la vez que bajan por mi cuello. Me estremezco con sus caricias. Cierro los ojos y me dejo llevar. Con sus manos continúa acariciando mis brazos. El solo contacto de su piel en mi piel, me excita.

—Sophie...

Siempre me ha gustado cómo suena mi nombre pronunciado en sus labios. Hace que me atonte ante él cada vez que lo pronuncia de esa manera tan sexi, suave, y tan cerca de mis labios. Pero eso debe cambiar. No puedo permitirme titubar ante él y perder el control de esa manera en este instante. Tengo que resistirme.

Así que aunque me cuesta, aparto mis ojos de los suyos, y apoyando mis manos en sus hombros, lo alejo de mí ganando una prudencial y muy necesaria distancia.

—Creo que ibas de salida —le digo suspirando mientras hincho mi pecho al coger aire antes de volver a mirarle.

—Si luego te arrepientes, no te quejes Sophie —sentencia.

Y aunque las amenazas no me gustan, sus ojos y su sonrisa, o intento de sonrisa, me cautivan. Así que para hacerme fuerte y no caer una vez más en la tentación, decido voltear la cabeza para apartar mi mirada.

—¡Buen viaje, Kevin!